

dácticas bastante regulares, y hasta la agricultura científica tuvo su representante en Gargilio Marcial. El historiador más notable de aquella época fué el celeberrimo Mario Máximo, del cual sabemos solo que los biógrafos posteriores de emperadores romanos pusieron á contribucion preferentemente su continuacion de las biografías de Suetonio desde Nerva hasta Heliogábalo. Escribió su obra en tiempo de Alejandro Severo, y es persona diferente del general de su mismo nombre del tiempo de Septimio. Nació en la época de la proclamacion de Marco Aurelio, y entró en el Senado probablemente á fines del reinado de Cómodo, por cuya razon algunos creen que es el mismo Máximo que fué prefecto de policía en tiempo de Macrino, en los años 217 y 218. La citada obra fué muy leída por lo amena y por estar sembrada de anécdotas curiosas y picantes, que el autor gustaba de entretener en sus narraciones. No se fijaba en observar un orden cronológico riguroso, porque tenia principalmente por objeto la pintura de los caractéres. Otro historiador notable de su tiempo fué Sexto Julio Africano, que escribió en el reinado de Heliogábalo una cronología continuada hasta el año 218. Fué el que compuso la primera obra de cronología comparada pagana y cristiana, y el que fijó el nacimiento de Jesucristo en el año 5500 de la creacion del mundo.

Mucho más importante que estas obras es la historia de Roma desde la fundacion de la ciudad hasta el año 229 de nuestra era, que escribió en la época de que tratamos un sapientísimo griego llamado Dion Casio Cocceyano, hombre distinguidísimo, alto funcionario del imperio y político eminente, natural de Nicea, donde nació por el año 155. Su padre Casio Aproniano era senador y ocupaba en el reinado de Marco Aurelio un empleo correspondiente á su categoría. Su abuelo materno era Dion Crisóstomo, llamado Cocceyo, célebre profesor de elocuencia del cual hablamos en otro lugar. Dion Casio, despues de hechos sus estudios, se dedicó al servicio del Estado y fué en tiempo de Cómodo orador forense; en el año 180 entró en el Senado; en 193 fué nombrado pretor, y posteriormente estuvo en relaciones estrechas con la familia imperial. Se habia granjeado el afecto del emperador Septimio Severo con un escrito sobre ensueños y pronósticos que anunciaban la elevacion de Septimio Severo al solio imperial. En el año 195 publicó, segun se cree ahora, su primera obra histórica, que abarca los sucesos desde la muerte de Cómodo hasta la de Pescenio Niger. Esta obra valió á su autor los elogios de la corte imperial, lo cual le determinó á escribir toda la historia, desde la fundacion de Roma, acabando por la de su época. Diez años empleó en reunir el material necesario desde Rómulo hasta Septimio Severo, y doce años más en escribir los ochenta libros que componian su inmensa obra, y de los cuales solo se han conservado los libros treinta y siete hasta el cincuenta y cuatro, y algunos fragmentos de los primeros treinta y seis. Además poseemos extractos más ó menos fieles sacados de los últimos diez y seis libros por literatos bizantinos. A contar desde el año 180 de nuestra era habla Dion Casio como testigo presencial, y es para los historiadores modernos la autoridad más apreciada para el período que medió desde la muerte de Cómodo hasta la elevacion de Alejandro Severo al trono. En cuanto al período comprendido entre el año 222 y el 229 lo trata solo someramente. Observador inteligente y desapasionado, instruidísimo é iniciado como coactor y testigo presencial en los sucesos políticos de su tiempo, los críticos modernos le consideran perfectamente veraz, como escritor que si bien participa de las ideas y pasiones políticas de su tiempo y no oculta su odio ardiente á personajes siniestros como Caracalla y otros semejantes, no falsea á sabiendas ni inventa ningun dato. Era partidario de las reformas de Alejandro

Severo, el cual por su parte sabia apreciar los méritos del autor. Desde el año 222 hasta el 228 le tuvo Alejandro empleado como gobernador general en Africa, en Dalmacia y posteriormente en Panonia, y en esta última provincia Dion Casio restableció con energía y buen éxito la severa disciplina antigua en las corrompidas legiones. Mas adelante volveremos á encontrarle en Roma.

Otro griego de aquella época, llamado Herodiano, y probablemente originario del Oriente de Grecia, escribió despues del año 238 la historia de los emperadores romanos desde la muerte de Marco Aurelio hasta la elevacion de Gordiano III. Su obra, que constaba de ocho libros, muy retórica, fué bastante apreciada en aquel tiempo por sus descripciones minuciosas y su estilo brillante y ameno, pero la crítica moderna le designa un puesto muy inferior como obra histórica, prefiriendo la autoridad de Dion Casio en todos los casos de discrepancia de datos. Respecto de la personalidad de Herodiano, no se sabe nada, pero es de suponer que ocupara puestos oficiales en la corte y en el orden civil.

Durante seis años pudo Alejandro Severo lisonjearse, en vista de la marcha de las cosas, con la esperanza de que sus reformas tendrian buen éxito; pero los motines del año 228 acabaron con todas las bellas ilusiones de los corazones nobles y patrióticos. El rencor de la guardia pretoriana contra Ulpiano y contra su rígida disciplina, aplicada á todo el ejército, tanto en la capital como en las provincias, fué creciendo sordamente. De nada sirvieron las consideraciones que el emperador tuvo con la tropa en todos los demás puntos, ni la solicitud exquisita con que miraba por el bienestar del soldado, porque todo esto no devolvía á la guardia pretoriana su preponderancia brutal, ni las ventajas y donativos que arrancaba de los emperadores, sus hechuras. Lo mismo pasaba, aunque en menor escala, con las legiones. Este rencor habia estallado de cuando en cuando en motines, tumultos y manifestaciones de simpatía á conspiradores de baja ralea, que repetidas veces se levantaron contra el emperador; pero en el citado año 228 un jefe de la guardia pretoriana, llamado Epagato, liberto de Caracalla, y luego gran protegido de Macrino, sublevó á su gente contra Ulpiano, el cual sorprendido de noche, á duras penas pudo escapar y llegar al palacio, perseguido por los feroces amotinados, que penetraron tras él hasta la estancia del emperador, y á sus piés le asesinaron. El emperador, horrorizado y tan sangrientamente insultado, no pudo siquiera castigar tan inicuo crimen; mas para que no se burlara del todo el infame Epagato, le envió en calidad de prefecto á Egipto, y desde allí le hizo conducir á Creta, donde fué ejecutado.

Existia una especie de solidaridad entre la guardia pretoriana y las legiones de las provincias para la reconquista de su libertad desenfadada y de su influencia política; y así sucedió que el rigor con que Dion Casio restableció la disciplina en las legiones de Panonia excitó la indignacion de la guardia pretoriana, la cual cuando Dion Casio llegó en el año 229 á Roma para recibir por segunda vez el consulado, tuvo la osadía de exigir del emperador que le fuese entregado aquel jefe, naturalmente para hacer con él lo mismo que con Ulpiano. A tanto habia llegado la impotencia del emperador que tuvo que prohibir á su protegido, á quien acababa de honrar con particular distincion, la entrada en Roma durante su consulado; y Dion Casio pasó efectivamente en su quinta de Cápua todo aquel tiempo, y concluido, retiróse definitivamente de la vida pública para pasar el resto de sus dias en su país.

Estos sucesos, á los cuales puede añadirse el asesinato de Flavio Heráclio, gobernador general de Mesopotamia, dan una idea del estado interior del imperio y del porvenir que

aguardaba al emperador y á sus proyectos de reforma. Alejandro habria necesitado para realizarlos una dureza de corazon y una fuerza avasalladora como la que tuvo despues Aureliano, y además el talento de gran capitán, de que carecia.

Entre tanto se habia empeorado en los últimos años la situacion exterior del imperio. Un cambio político en el interior del Asia, que se hizo sentir peligrosamente hasta en la época bizantina, contribuyó á hacer desde entonces más difícil la posicion de los emperadores. Los desórdenes interiores que destruyeron el imperio romano despues de la muerte de Caracalla y el miserable gobierno de Heliogábalo habian permitido á Artabano, rey de los partos, reconquistar una parte de la Mesopotamia y poner, por el año 222, en el trono de Armenia á su hermano Arsaces Cosroes, cuyos descendientes continuaron gobernando este país por espacio de dos siglos. En cambio los partos perdieron la Persia, como muchos siglos antes habia ya sucedido á los medos. El vigoroso pueblo persa conservaba vivo el recuerdo de su antiguo poderío; y la creciente debilidad de los partos, ocasionada por sus desgraciadas guerras con Roma y con sus vecinos del Este, y por las disensiones entre los dos hermanos Vologeso y Artabano, indujo á un valiente príncipe persa, Ardechir ó Artajerjes, á reconquistar la antigua supremacia de su pueblo. Este Artajerjes, llamado Babegan, que quiere decir *hijo de Babek*, nieto de Sasan, y fundador de la dinastía Sasánida, nació no lejos de Chiraz, y habiéndosele nombrado gobernador de Darabherd, habia aconsejado á su padre que destronara al príncipe de Istajar, capital del distrito de Persis sometido á la Partia, y se proclamara soberano independiente del país. Murió Babek al poco tiempo, y Artajerjes rechazó á sus hermanos brutalmente, ocupó el trono, se desembarazó también de Vologeso y se apoderó de la Media. Artabano avanzó contra él con una gran hueste, y entre ambos rivales se dieron tres grandes batallas, la última en los postreros meses del año 226, cerca de Ormuz. En ella sucumbieron los partos y murió su rey Artabano á manos de su contrario. En seguida dirigió Artajerjes sus armas contra los partidarios de los reyes arsácidas y los venció en una serie de batallas. Despues trató de hacer de la Armenia una especie de reino vasallo de la Persia y sujetar otros países que habian formado parte del gran imperio persa antiguo; y para aumentar su prestigio pretendió descender de Ciro, y restableció al poco tiempo en todo su esplendor la antigua religion y otras tradiciones de su raza. El nuevo imperio fué desde entonces un vecino mucho más peligroso para el romano que la extinguida Partia. La nueva Persia de los Sasánidas, con su culto primitivo del fuego, fué menos tolerante y mucho más fanática y exclusiva que la antigua, formando duro contraste con los países, naciones y religiones del Occidente.

Desde entonces en política los reyes de Persia, como los antiguos reyes aqueménidas, pretendieron el dominio de toda el Asia hasta el Mediterráneo y el mar Negro, y al revés de los reyes partos, estuvieron siempre prontos con sus vasallos y sus formidables jinetes acorazados y excelentes arqueros á invadir los dominios romanos, teniendo de su parte la ventaja de que la trabazon interior de su imperio era mucho más sólida que lo habia sido la del reino de los partos. La fortuna del imperio romano fué que hasta el reinado de Heraclio, el emperador bizantino, los reyes persas no se empeñaron, á pesar de sus pretensiones atrevidas, en hacer grandes conquistas, y se contentaron entonces con la Mesopotamia y la Armenia, sin perjuicio de hacer repetidas tentativas para extenderse más. El peligro existia y obligaba á los romanos á arnuirse concentrando en su frontera

oriental grandes fuerzas cuando era indispensable tenerlas ocupadas, desde el mar Negro hasta el Rhin, en defender estas fronteras contra las tribus germánicas, cada vez más turbulentas. A todo esto se agregó que los reyes persas, en lugar de decaer al cabo de algunas generaciones, conservaron durante siglos el mismo carácter enérgico y la fuerza primitiva.

Al cabo de poco tiempo Artajerjes, animado por la decadencia de la disciplina en las fuerzas romanas que guardaban las provincias fronterizas orientales, quiso hacer valer sus pretensiones sobre estas comarcas por medio de las armas. Sus jinetes se derramaron por la Mesopotamia, amenzaron á la Siria y llevaron el terror hasta la Capadocia. Entonces ya no quedó más recurso al emperador Alejandro Severo que acudir á la defensa del territorio amenazado, y en el año 231 pasó al Asia con un numeroso ejército, acompañado de su madre. Se dice que en su entusiasmo por Alejandro Magno, organizó una gran parte de las legiones en falange y armó un cuerpo escogido con escudos de oro y plata. Lo cierto es que le costó grandísimo trabajo mantener la disciplina, lo cual consiguió á fuerza de tenacidad y llevando su energía hasta la disolucion y licenciamiento de una legión amotinada.

Para cuartel general eligió por lo pronto á Antioquía. Su plan de campaña estaba bien calculado, y segun él debia darse el golpe principal al año siguiente, es decir, en 232. El ejército fué dividido en tres cuerpos: el primero recibió orden de marchar directamente sobre la Media, atravesando la Armenia; el segundo, acaudillado personalmente por el emperador, debia dirigirse contra el enemigo por la Mesopotamia septentrional, y el tercero por la Mesopotamia meridional. En el interior de la Persia debian volver á reunirse los tres ejércitos. Artajerjes esperaba con el grueso principal de sus tropas en la Media para caer sobre el ejército romano del Norte. Este, efectivamente, avanzó con buen éxito por la Armenia Alta, mientras el del Sur entraba en la Persia; pero el cuerpo mandado por Alejandro, ó sea el del centro, compuesto principalmente de tropas ilíricas, se quedó muy rezagado en su marcha, porque las fatigas, las enfermedades causadas por el clima y otras penalidades causaron muchas bajas y dificultaron el avance. En estas circunstancias Artajerjes, abandonando el Norte, se trasladó con sus tropas á marchas forzadas al Sudeste, para arrojarle con ímpetu sobre el ejército romano del Sur, rechazarlo y si era posible aniquilarlo antes de que pudiesen socorrerlo los otros dos cuerpos de ejército. La batalla que se dió fué sangrientísima y los romanos tuvieron que darse por satisfechos con salir de su situacion, por demás crítica, con una retirada honrosa. Destruída de esta manera toda la combinacion estratégica, Alejandro tuvo que renunciar á toda la campaña, si bien con la ventaja de que los Sasánidas renunciaron á la pretension de hacer conquistas en el Asia anterior y no volvieron á pensar en hacer la guerra á los romanos durante el resto del reinado de Alejandro Severo. Pero las tropas romanas, que habian padecido terriblemente y tenido muchas bajas, ya en los encuentros con el enemigo, ya por efecto del clima y de la intemperie, no miraban las cosas así; llegaron muy descontentas á Antioquía por no haber ganado siquiera una batalla, y fué menester que el emperador calmara á los descontentos con regalos de diferentes clases.

Probablemente desde entonces fueron más frecuentes y más ruidosas las quejas contra Alejandro Severo y su sistema de gobierno; se criticaba con mucha aspereza la influencia de Mamea, su insaciable codicia y su sed de mando, acusándola también de haber impedido que su hijo entrara personalmente en los combates, y al mismo Alejandro se le

acusó de haber hecho acuñar dos clases de moneda, la de mejor ley para él y sus amigos, y la inferior para los demás que cobraban del gobierno. Su economía fué tildada de hipócrita para encubrir la codicia mas vulgar. En esta atmósfera no podía tardar la tempestad en estallar y descargar sobre la cabeza del bondadoso emperador.

En el año 233 regresó Alejandro Severo á Roma; pero allí no pudo permanecer mucho tiempo, y al año siguiente tuvo que marchar al Norte para rechazar á los germanos, que habían pasado el Rhin, asolaban la Tierra del Diezmo y una parte de la Galia, y molestaban otras comarcas limítrofes en toda la línea del Danubio y del Rhin, poco defendidas á consecuencia de la marcha de muchas legiones al Oriente. Llevó el emperador consigo entre las demás fuerzas arqueros mauritanos, partos y osroenios, que eran el terror de los germanos; mas por desgracia llevóse también á su madre, tan impopular en el ejército, á quien se atribuían la irresolución, la falta de energía y la tendencia de Alejandro á entrar en negociaciones con los bárbaros, los cuales por lo demás fueron arrojados al otro lado del Rhin.



Moneda de oro de Maximino con la inscripción:  
IMP. MAXIMINVS PIVS AVG.

En esta disposición de los ánimos, exacerbada por el rigor con que quería mantener la disciplina, empezó la tropa á conspirar y buscar un pretendiente á su gusto para proclamarle emperador. Fijóse en un oficial, cabalmente muy favorecido por Alejandro Severo, por su pericia militar, su figura imponente, su gran fuerza muscular y su estatura de gigante, pues que pasaba de ocho piés (1). Llamábase Cayo Julio Vero Maximino, y era hijo de un godo llamado Mica, probablemente uno de aquellos germanos que el emperador Marco Aurelio había distribuido en las comarcas limítrofes al Bajo Danubio. La mujer de este Mica, que era alana, dió á luz en el año 173 á Maximino, que dedicado primero al oficio de pastor, fué admitido despues por su colosal estatura en la guardia imperial de Septimio Severo. Las cualidades militares que allí desplegó hicieron su fortuna, gracias á la generalización de la ciudadanía romana, que le permitió evidentemente entrar en las filas de los legionarios con los ascensos consiguientes. Como partidario fiel de la dinastía de Septimio Severo, retiróse á su casa durante el reinado de Macrino, é indignado de la conducta de Heliogábalo, continuó retirado en tiempo de este. En el reinado de Alejandro Severo ascendió rápidamente á los puestos mas altos de la milicia, porque el jóven emperador le quería mucho. En la guerra contra la Persia mandó una legion, obtuvo luego la dignidad de senador, y cuando el emperador llegó al Rhin estaba encargado de defender la frontera contra las tribus alamanas y de instruir con su legion á un gran número de reclutas.

Era este gigante, valiente, liberal para con los soldados, de trato rudo, muy del gusto de los legionarios, y especialmente querido de las secciones sacadas de las legiones de Panonia, á las cuales el bien educado Alejandro Severo era antipático sobre todo porque no esperaban que restableciese jamás la omnipotencia del elemento militar. Los historiado-

(1) 2'368 metros.

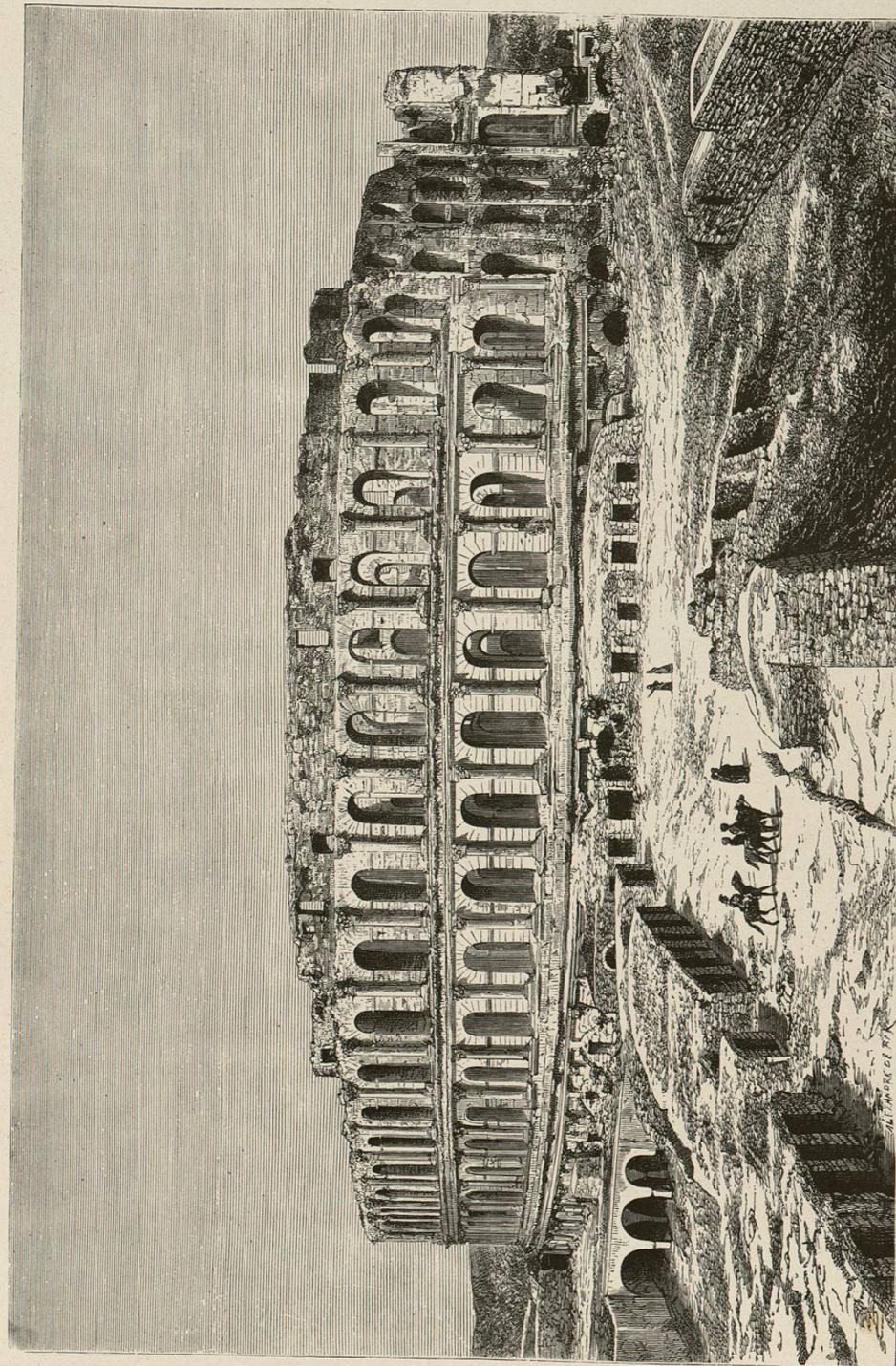
res modernos se inclinan á creer que Maximino no tuvo ninguna parte en la conspiración que se tramaba, ni conocimiento de ella hasta que estuvo consumado el crimen. El 10 de febrero probablemente, del año 235, Alejandro Severo fué sorprendido y muerto con su madre y sus amigos por una turba de soldados amotinados y exasperados por el rigor con que era mantenida la disciplina, en su campamento de Sícala ó Vico Británico (hoy Bretzenheim), á media hora de Maguncia, en la orilla izquierda del Rhin. Sabido esto por Maximino, admitió la púrpura imperial que le fueron á ofrecer los soldados de las legiones de la Panonia y de la Mesia.

El Senado y el pueblo de Roma quedaron aterrorizados al saber el asesinato de su amado emperador. La indignación que levantó aquel crimen cobarde, se aumentó al pensar que su autor verdadero, pues se atribuyó á Maximino, impuesto por la tropa al imperio como jefe del Estado, no era en el fondo, á pesar de los méritos que pudiese tener, mas que un bárbaro apenas medio civilizado. Con la muerte de Alejandro Severo se desvanecieron todas las ilusiones del Senado respecto de su legítima intervención en el gobierno, porque era indudable que con el nuevo emperador se inauguraría otra vez el brutal régimen militar.

Como militar, podía el pueblo romano estar contento del nuevo emperador, porque se mostró general perito y valiente é hizo temblar á las tribus germánicas establecidas ó errantes entre el Mein y los Carpacios. Con el ejército reunido por su predecesor emprendió y llevó á buen fin la campaña contra los alamanos y los grupos de tribus vecinos; pasó la frontera y penetró victorioso en lo interior de la Germania, asolando las comarcas germánicas del Sur. Desde allí, en el otoño del año 237, pasó á la Panonia y estableció sus cuarteles de invierno en Sirmio, preparando todo lo necesario para una nueva campaña formidable contra los germanos. Pensaba dirigirse al Norte, llegar con sus legiones hasta el Báltico, y despues ir á castigar á los persas, que habían vuelto á invadir la Mesopotamia; pero estos planes no llegaron á realizarse, porque estando todavía en Sirmio estallaron en el imperio sublevaciones provocadas por su política interior, que al fin causaron su muerte.

El verdadero apoyo con que podía contar Maximino desde el principio hasta el fin, era el grande ejército que mandaba en las fronteras del Rhin y del Danubio; pero en cambio también desde el principio hasta el fin fué difícilísima su posición respecto de los demás elementos del imperio. Maximino era un bárbaro á medio civilizar, y como tal, es de suponer que hubiese recibido mas de una humillación por parte de personas de la alta sociedad. Avergonzado de su origen y escarmentado por aquellas humillaciones, es probable que se creyese mas despreciado y odiado de lo que era en realidad. Así, trató á los romanos como en nuestros días ciertos presidentes de las repúblicas americanas, de raza mulata, cholos ó pieles rojas, han tratado á los odiados criollos. Era un emperador en el cual se reunían la brutalidad del soldado mercenario, el secreto odio del proletario enriquecido á los ricos de nacimiento y de cuna distinguida, y la excitabilidad y ferocidad del bárbaro malicioso. Agregábase á esto la actitud pretenciosa del Senado, á pesar de su impotencia, actitud que indignó á Maximino, conociendo como conocía seguramente la corrupción de las altas clases romanas. Finalmente, la necesidad de arbitrar continuamente fondos inmensos para su ejército le obligó á ejecutar terribles y frecuentes extorsiones y confiscaciones.

En semejante situación sospechaba Maximino de todo el mundo y destituyó de sus empleos á todos los que consideraba amigos ó partidarios de Alejandro Severo. La desconfianza



Anfiteatro del Djem

le hizo pronunciar no pocas sentencias de muerte, y el número de estas sentencias sangrientas y de confiscaciones se aumentó cuando en el año 236 se descubrieron dos conspiraciones contra su vida. Como por los motivos que hemos dicho evitaba ir á Roma, las personas de elevada categoría, de quienes sospechaba alguna traicion, fueron conducidas desde todas las partes del imperio al cuartel general. Allí el emperador era dueño absoluto, y nunca le faltaban instrumentos ciegos que ejecutaban muy diligentes sus órdenes brutales. Sin embargo, al mismo tiempo el disgusto de los nobles romanos, cuyo orgullo se sentía lastimado al tener que obedecer á un bárbaro, fué tomando rápidamente la forma de odio declarado, y este odio se fué comunicando á la clase del pueblo cuando el emperador en su penuria multiplicó sus extorsiones y rapiñas, llegando á apoderarse hasta de los tesoros de los templos, á cercenar al pueblo de la capital el trigo barato y á distraer de su objeto los fondos destinados á las diversiones públicas.

A principios del año 238 estaba la atmósfera política interior del imperio tan caldeada, que la menor chispa debía producir un incendio. De esta chispa fué causa un procurador del fisco, es decir, del tesoro imperial en Africa, que irritó contra sí y contra Maximino á todo el mundo con su excesiva dureza, su arbitrariedad y crueldad. Un caso de arbitrariedad escandalosa y excesivamente brutal suscitó un motin en Tisdros, poblacion situada al Sur de Adrumeto. El procurador fué muerto por el pueblo encolerizado, el cual conociendo el carácter del emperador, sabiendo que el castigo habia de ser cruel y que no podia esperar misericordia, no se contentó con lo hecho, sino que se declaró en abierta rebelion. El movimiento se propagó rápidamente, y pronto tomó parte en él la tropa. Un decurion influente de la poblacion, para dar al pronunciamiento una tendencia práctica propuso proclamar emperador al procónsul de la provincia M. Antonio Gordiano, el cual á la sazón se encontraba en la ciudad y era queridísimo en todo el país, estando al propio tiempo mal visto por el emperador por su gran instruccion, su riqueza, su noble alcurnia y su antigua amistad con el difunto Alejandro Severo. Gordiano aceptó, á pesar de sus ochenta años, y se trasladó al instante á la capital de la provincia, que era Cartago, desde donde comunicó por carta al Senado lo sucedido. Esto acaeció en el mes de febrero del año 238. En atencion á su edad avanzadísima, habia sido proclamado co-emperador por el pueblo entusiasmado su hijo Marco, llamado por su padre Antonio, y que á la sazón contaba 46 años.

M. Antonio Gordiano pertenecía á una de las familias senatoriales mas antiguas, y su esposa Fabia Orestilla descendía de la no menos antiquísima familia de los Anios. Habia escrito en su tiempo algunas obras literarias y hecho toda la carrera política tradicional hasta obtener el consulado en el año 229 y despues el proconsulado de Africa, cuya provincia estaba gobernando desde algunos años antes con gran satisfaccion de los habitantes y del emperador difunto, mostrando en su gestion el tacto, la afabilidad y la gran liberalidad que el pueblo romano así en Italia como en provincias esperaba de todos sus gobernantes.

El Senado, presidido á la sazón por el dignísimo Valeriano, recibió la comunicacion del anciano Gordiano con la mayor alegría y desplegó desde aquel momento una actividad como nadie se acordaba de haber visto desde mucho tiempo; pero el despotismo de Maximino, despues del gobierno cuerdo y liberal de Alejandro Severo, habia producido su efecto, y el Senado se mostró varonil, decidido á hacer frente al bárbaro que continuaba en su cuartel general de Sirmio, y á no dejarse matar por sus verdugos sin defenderse hasta el último

IMPERIO ROMANO

trance. Reconoció, pues, emperadores á los dos Gordianos, padre é hijo; declaró á Maximino y á su hijo enemigos de la patria, y envió en la misma sesion á un cuestor con un destacamento de soldados á prender y matar al prefecto de la guardia Vitaliano, hombre duro y partidario enérgico de Maximino. Al mismo tiempo eligió una comision de veinte de sus miembros, peritos en la guerra, para ocuparse inmediatamente en disponer los armamentos necesarios, y finalmente envió mensajeros con despachos á las autoridades de provincias, excitándolas á reconocer á los nuevos emperadores y abandonar á Maximino. Tan pronto como se hicieron públicas estas resoluciones, el pueblo de Roma desahogó su mal comprimida ira matando á todos los instrumentos y partidarios del emperador, declarado por el Senado fuera de la ley; y con esta ocasion hubo no pocas víctimas de venganzas particulares y de la rapacidad de las masas excitadas.

Al llegar á Sirmio la noticia de estos sucesos inesperados, encendiése la ira de Maximino, el cual al instante resolvió marchar contra Roma con sus fieles legiones de Panonia, no dudando que podria reducir la capital con poco trabajo á



Moneda de oro de Gordiano III con la inscripcion:  
IMP. CAES. M(arcus) ANT(onius) GORDIANVS AVG.

la obediencia. Pocos dias le bastaron para ponerse á punto de marcha, y emprendiéndola sin demora, llegó con sus fuerzas, en el mes de marzo del año 238, á la ciudad de Emona; pero allí encontró otras noticias que daban á la situacion un aspecto enteramente nuevo.

El viejo Gordiano habia creído conveniente destituir á su antiguo enemigo Capeliano, gobernador general de la Numidia, provincia formada por Septimio Severo. Capeliano, encolerizado por aquella destitucion y deseoso tambien de ceñirse la diadema imperial, reforzó su legion con una hueste de valientes auxiliares númidas, con los cuales marchó sobre Cartago. Gordiano mandó contra él á toda prisa las fuerzas que pudo reunir, en su mayor parte milicias del país, capitaneadas por su hijo; pero estas fuerzas no eran bastantes para resistir al enemigo, y fueron derrotadas en el encuentro que tuvieron, en el cual el jóven Gordiano perdió la vida. Al tener noticia de esta desgracia, su anciano padre no pudo resistir al dolor y se suicidó. Las nuevas de estos desdichados acontecimientos, ocurridos en la primera mitad del mes de marzo, en vez de disminuir, aumentaron la energía del Senado, decidido mas que nunca á luchar contra Maximino hasta el fin. Sin dilacion nombró dos nuevos co-emperadores, elegidos entre los individuos de la comision de los veinte, á saber: Celio Balbino, hombre de gran riqueza, instruccion, antigua nobleza, moralidad intachable y gran prudencia, pero mas práctico en la administracion civil que en el ramo de guerra; y M. Clodio Pupieno Máximo, hijo de un constructor de carros, que habiéndose elevado por su propio mérito á los puestos mas altos de la milicia y de la administracion civil, habia sido cónsul, prefecto de policia y tres veces gobernador general, siendo además militar eminente y riguroso, pero justo y conciliador, dueño perfecto de sí mismo y fiel á toda prueba; en suma, uno de los varones mas dignos y capaces de su época. Esta eleccion, hecha por el Senado sin la intervencion de la guardia pretoriana ni del pueblo, no contentó ni á la una ni al otro. Hubo tumultos, y para apaciguar los